

PÁGINAS ILUSTRADAS

Fundador-Propietario:
Próspero Calderón

REVISTA SEMANAL

Editor:
Francisco Calderón

LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, VARIEDADES

LA TEMPORADA EN EL NACIONAL

COMPAÑÍA SAGI-BARBA



EMILIO SAGI-BARBA]



SRTA. LUISA VELA



LA POESÍA TRANSFIGURADORA

La Grande Revue insertó ha tiempo una Conferencia pronunciada en el Salón de Otoño por Juan Royere, acerca de algunos poetas simbolistas. El conferenciante empezó diciendo que el título de *La poesía transfiguradora*, que daba á su *causerie*, no significaba que los poetas simbolistas sean los que tienen el privilegio de transfigurar las cosas. No solamente toda poesía es transfiguradora, sino que lo es también todo Arte.

Admite que en el seno del simbolismo se distinguen dos realizaciones distintas de un ideal común: la poesía legendaria, de fuente popular, y una poesía aristocrática, más constructiva, más abstracta, y que se podría llamar más *cerebral*. Pero en el fondo, los unos y los otros admiten el principio esencial del simbolismo, que es el de *sugerir*, y no el de expresar.

De todos modos es verdad que la poesía de los primeros es un cántico, y la de los segundos una meditación viviente. Aquéllos se sumergen en la gran onda del Arte espontáneo, y su obra es una transposición ó un acompañamiento. Estos contemplan desde muy alto la corriente de las apariencias, miden su esfuerzo muy á menudo por el contraste, y construyen palacios con reflejos. En resumen: la poesía de los primeros es una expresión de la Vida; la de los segundos es una *alusión á la Vida*. A éstos es á quienes llama Royere *transfiguradores*, y de los que habla en su Conferencia, dejando á un lado á un grupo de los más interesantes y vivientes, á los poetas de la *Abadía*, de los que hablara Gustavo Kahn otro día.

Después de extenderse en consideraciones relativas al concepto del verdadero Arte y de la verdadera poesía, que no

pueden salir de los libros, sino del alma, añade:

«La poesía simbolista persigue desde hace veintitrés años (1886), su evolución; y está muy lejos de haber acabado su curva. Ejerce sobre los jóvenes poetas un prestigio altanero, y más tarde se comprenderá su soberanía actual. Nacida de Verlaine y de Mallarmé, nuestra Estética se ha hecho más flexible. Un florecimiento de admirables poetas ha enriquecido el nuevo ritmo, y ha creado la nueva inspiración.

Yo he querido, limitándome en lo posible á las últimas obras, trazar la curva del simbolismo, y, por bello recorrido, presentar las obras significativas, comenzando por los dos creadores, cuyas estatuas colocaremos en la puerta misma de nuestro Arte, como hacían los antiguos con sus dioses, para terminar por un poeta de veinte años.

La poesía simbolista no expresa, sino que sugiere. No discurre, sino que habla. No nos aterra, como las fanfarrias triunfantes de Hugo, sino que nos persuade. Es fluida y penetra como la luz. Es *universal*. Paul Adam ha dicho: «El Arte es la obra de inscribir un dogma en un símbolo». Esta poesía lo puede. No le es extraña ninguna metafísica, pero procede por intuición. Da en la idea la forma inmediata del sentimiento, pero sin materializarlo ni oprimirlo. Es sensible é ideal; es *ideorrealista*. Atenúa, y es oscura.

El simbolismo ha prestado al Arte el gran servicio de prescindir de lo vulgar. Por este hecho, nosotros seguimos la tradición más antigua. Toda poesía profunda, todo Arte significativo, son oscuros como la Vida, de la que imitan el misterio».—JAVIER ACEVEDO.



DON ENRIQUE LLORET,
DIRECTOR DE ORQUESTA DE LA COMPAÑIA SAGI-BARBA

AL POETA

Para mi amigo Ronulfo Arroyo.

El poeta es mendigo de la Tierra

Sí... El poeta es un mendigo que reclama
 Una limosna al Genio, de talento,
 Para llenar de luz su pensamiento;
 ¡Y un ramo de laurel, pide á la Fama!
 Mas, nunca pedirá viles migajas
 Del mendrugo que arroja el avariento:
 Ha de morir de sed, si está sediento,
 Despreciando el fulgor de las alhajas.
 ¡El pide para dar!... Pide á Natura
 El arcano de todas sus grandezas;
 Con lágrimas escribe sus tristezas
 Sobre el papiro ideal de su ternura.
 Y le pide á la noche sus estrellas,
 Que baja de las cumbres siderales;
 Y tejiendo un collar de madrigales
 Lo pone en la garganta de las bellas...
 Y les pide á los monstruos submarinos
 Sus tesoros de perlas y córales
 Para verlos lucir, hechos ideales,
 En las bocas y labios femeninos.
 En dulces rimas, cuenta á las mujeres
 «Que habiéndose internado entre la bruma,
 «Sorprendió el gran secreto de la espuma!
 «La aparición de Venus de Citeres.»

.....
 Y con el oro forma cabelleras
 Y finge en el Ocaso el arrebato?
 Una corona regia ofrece al sol
 Y hace rubias las cálidas praderas.
 Imita de la fuente los rumores
 Y de las secas ojas el susurro;
 Remeda los cantares del baturro
 Y traduce el lenguaje de las flores;

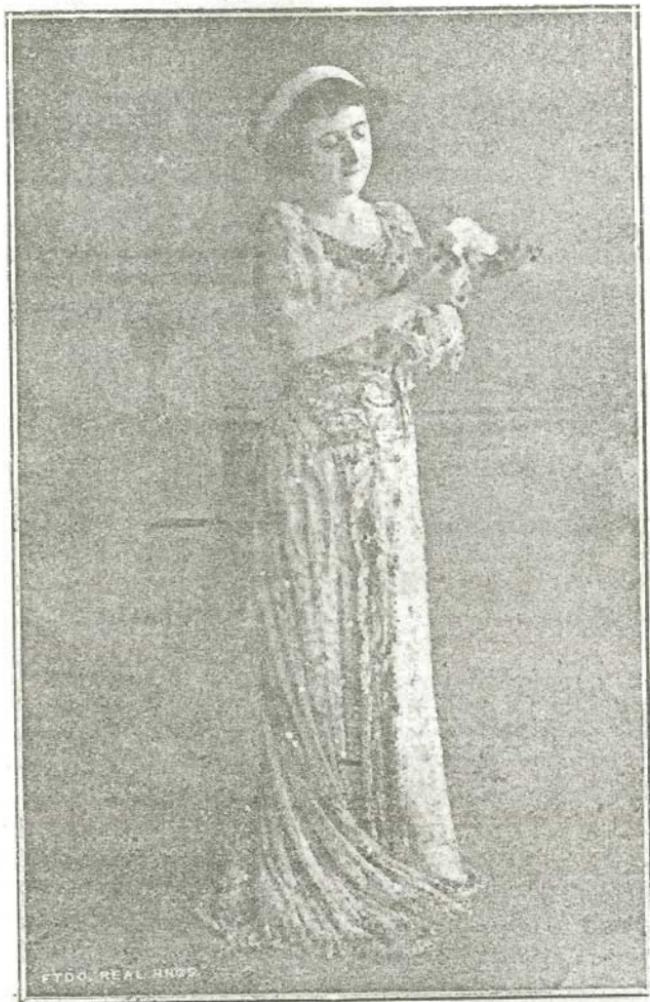
Y sube del Empleo á las regiones
 A fabricar altares con las nubes,
 Arroja un ramillete de querubes;
 ¡Y conversa con Dios de sus creaciones!
 Y penetra en los antros de Plutón,
 Del Báratro arrancando los misterios;
 Y recorre los anchos hemisterios
 En su brioso corcel: ¡la inspiración!
 Y canta del guerrero las hazañas
 Y del poeta su hermano, las trizezas;
 Reprueba del infame las bajezas
 Y escruta el interior de las montañas:
 El le canta á la virgen pudibunda
 Barcarolas de amor, en suaves rimas;
 Y descuelga la nieve de las cimas
 Para adornar la charca nauseabunda;
 El escupe en la frente del tirano
 Y desprecia la mueca del ignaro:
 Llama orgullo la caída del Icaro
 Y Ciencia al martillazo de Vulcano;
 Se entusiasma cuando oye al ruiseñor
 Trinando alegremente en el bosque;
 Domestica la furia del salvaje
 Encomiando su audacia y su valor.
 Y penetra en el triste Camposanto
 A turbar el silencio de los muertos
 Colocando en los túmulos desiertos
 Su guirnalda mirífica de llanto!

.....
 El poeta es infinito, indescrípible,
 Todo lo siente y todo lo define...
 No hay poder en el mundo que lo incline
 A creer en la aridez de lo imposible!

Alajuela, 1911.

M. GOZÁLEZ S.





SEÑORITA MARGARITA DÍAZ,
PRIMERA TIPLE CÓMICA DE LA COMPAÑÍA SAGI-BARBA

SONETOS CLAUSTRALES

UNA HERMANA

En su mejilla, que arrugó el martirio,
lágrima esplende brillante y pura,
con el mismo esplendor con que fulgura
brillante aljófara en nevado lirio.

Cuando á la rubia claridad de un cirio,
ante la imagen de Jesús murmura
oraciones, la invade la ternura
y entonces es presa de fatal delirio.

Es que la Hermana, al ver en el costado
noble y augusto del Rabí la herida,
—purpúrea flor ente amarillas flores,—

Siente que hasta su espíritu, enclaustrado
en la tristeza de su amarga vida,
llega lumbre del Sol de los Amores.

MONJA TRISTE

Cuando alumbraba el Sol de la Ventura
los floridos vergeles de tu vida,
fuiste por un mancebo enloquecida
y de tu honor manchóse la blancura.

Sintiendo en la conciencia la amargura
que te produjo del pesar la herida,
buscas en el convento, arrepentida,
fulgor que alumbró tu existencia oscura.

Hermanita que sufres, hermanita
que sueles meditar en el pasado
bajo la garra de furiosa cuita:

Abandona ya el claustro, y el profundo
dolor que tu vivir ha trastornado:
no eres tú del convento, eres del mundo

IN MEMORIAM

Te idolatré, divina Sor Creencia,
porque del mundo la maldad no hubiste
y, también, Sor gentil, porque tuviste
seno que fué prodigio de turgencia.

En tu serena y plácida existencia
de monja siempre venturosa, fuiste
como una estrella que derrama triste
sobre un paisaje nítida fulgencia.

Cuando en tu lecho ornado de jazmines,
te vi cubierta de lujoso velo,
me pareció que alegres querubines

Abandonaban la región del cielo
y con flores de célicos jardines
le formaban coronas á tu pelo.

PROFANA

Eres ya sierva de Satán, hermana,
porque tienen tus ojos el chispeo
de los ojos en aquellas que el Deseo
carnal transforma en podredumbre huma-
[na.

Yo te he visto, al fulgor de la mañana,
junto al verde naranjo del paseo,
dar á tu cuerpo el ténue balanceo
que da á su cuerpo regia cortesana.

Tu fino labio que parece tierno,
es diminuta llama del infierno;
y tus carnes de tinte nacarado

Que al viento lanzan de jazmín esencia,
del amante enloquecen la existencia
y me convidan á mortal pecado.



¿NECESITAN LOS NIÑOS QUE SE LES ENSEÑE A ANDAR?

No se moleste Ud. si el niño no puede andar todavía cuando cumple un año; y si es usted una madre joven, no importune á las de mayor edad preguntándoles cómo enseñaron á andar á sus hijos ni á qué edad pudieron hacerlo, porque para ello no hay regla fija. Algunos bebés pueden andar ya cuando tienen un año; otros hasta que cumplen dos, y la madre no debe preocuparse, con tal que su hijo sea fuerte y tenga salud. Es malo querer enseñar á los niños para que anden. La Naturaleza se encarga de hacerlo, y cuando ya los músculos y los ligamentos son bastante fuertes, no se puede evitar que el niño comience á andar, á no ser que se tome

especial empeño para conseguirlo. No hay objeción que se oponga á que se le sostenga por las manos ó se le coloque en un andador para que no se caiga; pero el obligarlo á que ande, creyendo que así se pondrá fuerte y aprenderá pronto á hacerlo, es cosa peligrosa, pues puede poner las piernas arqueadas. — El peso del cuerpo sobre los huesos, que no están aún bastante endurecidos, les hace ceder y doblarse bajo la excesiva presión. El resultado de esto es una deformidad permanente que no puede curarse, ni aun por medio de una operación. Un niño de cuerpo pesado debe andar lo menos que sea posible durante el primer año de su edad, porque si se le deja de pie demasiado tiempo, se arquean las piernas.

¿Ha visto usted á un pobre niño andando sobre un pavimento frío en tiempo de invierno? Yo lo he visto, y he sufrido pensando en lo que será de aquella pobre criatura. Parece mentira que las madres no se den cuenta del daño que hace á sus hijos el piso frío cuando sólo llevan sobre sus pies un par de zapatos que tienen suelas muy delgadas. De allí vienen muchas inflamaciones, diarreas é indigestiones. Recordad siempre que las plantas de los pies son más porosas que ninguna otra parte del cuerpo. Permitir que los pies de un niño des-

cansen sobre un suelo frío, es llamar á las enfermedades. Poned siempre gran cuidado para que los niños tengan zapatos de suela gruesa cuando salen fuera de casa durante el invierno. Las piedras y los pavimentos son muy fríos y sólo con las suelas gruesas pueden protegerse los pies de un niño.

MARIO.

NOCHE TRISTE

Para Adrián Recinos;
con mi profunda estimación.

El cielo ¡qué oscuro!
la noche ¡qué triste!
Agitando las ramas del árbol,
el viento de otoño parece que gime.
Parece que gime
y trae en sus ondas,
entre gotas amargas de llanto,
de un canto de penas las últimas notas...
Las últimas notas
que un eco doliente,
sin cesar repitiendo, las lleva
porque uno que sufre tal vez se consuele.
Tal vez se consuele,
pues no hay duelo eterno,
y mil veces del hombre mitigan
los propios pesares dolores agenos.

EDUARDO ROSALES SÁENZ.

Ambos son merecedores de la felicidad más completa, y nosotros la deseamos sinceramente para el nuevo hogar. Nos referimos á la siguiente participación que agradecemos mucho:

«Francisco Rohrmoser y señora tienen el gusto de participar á usted el próximo matrimonio de su hija Emma con el señor don Max Rudín.—Puntarenas, Agosto de 1911».

EL PELIGRO DE LOS SOMBREROS GRANDES

Un médico inglés da la voz de alarma contra los gigantescos sombreros de señora, diciendo que muchas de sus clientes se van poniendo cargadas de espaldas á consecuencia del exagerado peso de los cubre-cabezas de moda. «No necesario exagerar—dice—los peligros que ofrece el encorvamiento de la espalda al producir una perniciosa compresión en diversos órganos vitales, y no hay duda que de ello tienen mucha culpa esos sombreros tan grandes que obligan á la portadora á llevar el cuerpo inclinado hacia adelante. Un peso semejante en la cabeza imposibilita para andar derecho».

Otro hombre de ciencia opina que el aspecto físico de la mujer va perdiendo mucho por efecto de los sombreros demasiado grandes y de otras excentricidades que la moda impone al sexo femenino, acarreado hasta la degeneración de las razas. La mujer moderna se irroga un gran perjuicio con los sombreros que se estilan, y con los tacones altos, porque unos y otros no sólo dañan el pecho y los pulmones, sino todo el cuerpo.

—Acomodarse con la pobreza es ser rico: somos pobres, no por tener poco, sino por desear mucho.



CHISPEO

Oro, no el oro arrancado de las entrañas de la Tierra, ese que convertido en monedas fulgura en los cofres de los grandes del Dinero; sino el oro de los cabellos de las rubias es lo que me fascina

Oro que transformado en rizados pende graciosamente sobre los hombros de las mujeres blondas, vale más que el metal amarillo que la Riqueza guarda en formidables cajas de hierro.



Ante mí pasabas todas las tardes, al caer el crepúsculo, bella, melancólica, muda, con enormes ojeras de cortesana orgiástica, con la palidez inmensa y dolorosa de los que tienen hambre.

Esta mañana me sorprendí al verte: Qué arrogante! Qué bella!

Era tu faz maravilla de perfecciones; tu cuerpo, obra inimitable del Dios de la Escultura, y en los dedos de tu diestra brillaban, engarzados en rutilantes anillos, ópalos, rubíes, diamantes.

¡Ida mi sorpresa, un bribón me dijo que grotesco vejete lleno de petulancia, de cansancio y de pesos, te compró antenoche en el Café Concierto de la calle 14 Oeste.



Hoy todo me ha parecido bello, hasta la obesa jamaicana que vive frente a mi cuarto; el cielo, de un profundo color índigo, gloriosamente iluminado, me ha enternecido; las flores que adornan la ventana de mi hermosa vecina me han obligado a recordar aquello de Montalvo: *las flores son más fragantes cuando se desenvuelven a la caricia del sol.*

¡Oh Señor, Dios misericordioso! Alarga hasta el fin del mundo este día, en que por vez primera he sentido en mi corazón la dulzura de ser feliz como el más feliz de los felices!

GASPAR OCTAVIO HERNÁNDEZ.

Panamá, 2 de Julio de 1911.



SRITA. SOLEDAD

RODRÍGUEZ

TRES COLOSOS DE LA PRENSA

El periódico de mayor tirada es el «Petit Parisien»; el más opulento, el «Herald», de New York; el de más autoridad universal por sus opiniones y juicios, «The Times», de Londres.

Catulle Méndez, no pudiendo hacer prosperar su diario parisien, lo vendió en cien mil francos. Los nuevos dueños tuvieron la habilidad que faltara al célebre literato. Hoy es un periódico de extraordinaria circulación y de cuantiosos productos. Sólo el Gerente cobra trescientos mil francos anuales de sueldo; tres veces más de la suma por que se compró la propiedad.

En las crisis difíciles y en los conflictos generales, «The Times» tiene un prestigio y un voto de tanta importancia, que no desatienden pueblos ni gobiernos de Europa y América. No le va muy lejos en materia de poder moral el «Herald», que cuenta con más recursos. En ciertos días entran en la oficina administrativa del

«Herald» cincuenta y sesenta mil dollars. Los dos periódicos tienen corresponsales en todos los centros políticos y comerciales de la tierra, gastando en ellos más que los gobiernos de las grandes potencias en su representación diplomática. Nada se economiza por adquirir seguros informes. Los corresponsales gastan á su arbitrio lo que se necesita, á veces muchos miles de dollars. El papel y el material de toda clase, entran por cientos de toneladas; los partes por cable y por telégrafo, son innumerables; el manejo de cada uno de los diarios, un gobierno completo; la biblioteca del «Times» vale doscientas mil libras esterlinas y no mucho menos la del «Herald». La redacción es mejor pagada que las primeras legaciones: hay reporters en todas partes y de todas las categorías. Presienten ó adivinan los sucesos en tal grado, que se anticipan á los hechos para presenciarios sean en Teherán, en Abisinia ó en Cobul.

El diario más importante en el idioma español, es «La Prensa de Buenos Aires».

CRÓNICA EXTRANJERA

CAUSERIE

(CI-DEVANT «CHACHARA»)

Y bien, señoras y señores: aquí me véis dispuesto á hacer «amende honorable» de aquel mi equivocado «engouement» á favor de los vocablos españoles — ¡oh, la banal manía! — que yo suponía injustamente reemplazados, ó, mejor dicho, «sabotés», por los de importación exótica, sobre todo francesa, que á cada paso y «a foison» saltan en todo cuanto se escribe, se habla, se anuncia, se canta, se baila, se come, se bebe, «et le reste», viniendo á llenar las lagunas sinnúmero del empobrecido, inexpresivo, insignificante, incoloro, «fade», y «vieillot» lenguaje de esta buena España, «affamée» de europeización.

«Malgré» mis viejos «prejugés», yo me hago hoy un deber de reconocer que nuestro idioma, y en nuestra propia casa — «chez nous memes», para decirlo con toda claridad — está en plena «faillite», y bien pronto sonará la hora de su definitiva «déchéance».

Es por esto que, anticipándonos corajosamente al ineluctable porvenir, debemos ir «tout doucement» sustituyendo el insuficiente, el inservible utillaje de nuestro léxico, no solamente con los convenientes galicismos, que «apres tout» siempre guardan una cierta apariencia de español, pero con esos mismos vocablos extranjeros en su propia forma y en su propio «assaisonnement», los cuales, por un prolongado y lamentable «malentendu», yo creía inútiles en el hablar usual y en el escribir corriente, pensando que entre los nuestros los hay sobrados para todo lo que se querrá exprimir con la palabra así bien que con la pluma,

Y es por eso también, señoras y señores, que yo os doy gajes de mi nueva postura, en la cual yo os suplico bien que no queráis ver nada de «pose», ni mucho menos de «blague», mediante este mi sincero y bello gesto de lanzar «aux orties» mis rancieros hábitos («ma vieille défroque», para que todos me comprendáis), comenzando por abandonar «cavalierement» la gastada *Cháchara*, y adoptar en su plaza la insustituible *Causerie*, puesta triunfalmente de moda en Madrid-sur-Mançanares, por la «élite» del intelectualismo, la «creme» del periodismo, el «dessus du panier» de la política, y la «fine fleur» del «beau monde» y la «high life».

¡«En avant» con la «Causerie»! ¡«Causerie» «for ever»! Y sed bastante buenos para aceptarme esa exclamación anglofrancesa, á título de «hommage» á la «entente cordiale» de las dos grandes naciones, llamadas con sus vocablos «chic» y «smart» al elegante «renouvellement» de esta «pitoyable» lengua española, más «faisandée» que el «gibier» de quince días, y más «entravée» que las «robes» de la «fashion» actual.

¿Por qué, ó, mejor dicho, «a quoi bon», el triste y banal usaje de nuestras palabras «demodées»? Conferencia, plática, disertación, charla, palique Todo eso no es que el «rebut» del hablar y del escribir «comme il faut»: pequeños restos de un pasado bárbaro, buenos solamente para el «menu fretin» del vulgo «arriéré», y para algunas pobres gentes «sans façon.» ¡Oh, que yo soy feliz de haberme redimido de un tal «negligé», de un tal «desha-

billé» en las modernas y correctas maneras de dirigirme (uo más que «a la bonne franquette») al buen público de mi tiempo, intentando de demostrarle «a peu pres» que yo no carezco de un poco de «esprit» y de un pequeño poco de «savoir faire»

Sin «clou» y sin «truc» de género alguno, señoras y señores, ella va despachada la presente *Causerie* en la presente «matinée»: la cual es «tout a fait» auténtica, porque L'IMPARTIAL viene de parecer todos los días con diez horas «au moins» de anticipación sobre las «matinées» y «causeries», que ahora están siendo el «great event» de la «season» en Madrid.

Y «voilà», señoras y señores, mi «mot de la fin». Si los puristas y casticistas (bien entendido que alguno puede ser que quedará) pujasen los altos gritos y gritasen al escándalo, delante de esta «débacle» de mis enracinadas convicciones y de este «revirement» de mis principios «vermoulus», yo espero bien que ellos no rehusarán de oírme «tete a tete» lo que escribí cierto «maitre» de su anciana «coterie»:

*Si otros hablan la lengua castellana,
yo hablo la lengua que me da la gana.*

Señoras y señores: «rien ne va plus». «Au revoir»! Por mí, «le tour est fait»; mas no batáis las manos, que él no es ningún «tour de force». ¿No es verdad que así habláis y escribís casi todas y casi todos? Yo os demando perdón «si ça ne va pas», porque yo lo he hecho «pour le bon motif».

MARIANO DE CAVIA.

Á QUIEN LE VENGA EL GUANTE

«En todas nuestras revistas y periódicos hay columnas enteras que podrían enseñar muchas cosas á los que han menester saberlas»—decía cierta señora. «Todos vemos de repente algo que convendría leer á nuestra amiga X, y le dejamos abierto el folleto ó la revista en el punto donde conviene que lea; pero ella pasa por alto el artículo; ó bien se incomoda y dice que no es aquello lo que le conviene leer, y que más bien conviene á su amiga Z. Pues bien; yo soy un sér humano, y debo tener mis feltas, como las demás mujeres, aunque no permito que me hagan observaciones mis parientes ni mis admiradores, que no pueden juzgarme con imparcialidad. Pero si leyera en los periódicos algo que pudiese tomar para mí, sería lo bastante inteligente para reconocerlo y aprovecharme. Pero no hallo nada que me convenga. Todos escriben para «el que tiene que elegir los vestidos de su mujer», «La señora que regaña á sus criados», «El niño que no se conduce bien en la comida». Yo no soy ninguna de estas personas. Sin embargo, veo muchas cosas que convendrían á mis amigas. ¿Por qué es que ninguna de nosotras puede hallar lo que le conviene á sí misma y sí sólo aquello que conviene á las demás?»

UNA.

Trabajos de Imprenta

Pida precios y muestras

en la

Imprenta del Comercio



LA NUEVA CÁRCEL DE LA CIUDAD DE HEREDIA

UN BESO Y NADA MAS

(CONTINUACIÓN)

Soy enemiguísimo de alcahuetterías plebunas, porque por lo regular estafan con sus mentiras halagüeñas que á última hora inventan. Así es que á una tal Pánfila Castillo que en casa de Elida tenían á su servicio, tuve que darle las gracias subrayadas con un *balboa* al ofrecérseme como intermediaria; yo mismo tenía que comunicarle mi resolución. Esto era lo que me inquietaba, la manera de decírselo, de darle cita á aquella mujer todo fuego, todo burla, que deja tal vez besar su cuello sin dejar á más, y que derriba á una estatua con sus miradas y destroza un corazón — un gusto — con sus negativas, muy fácilmente.

Al fin encontré manera.

Una tarde la acché y le hice seña de que se acercara á la ventana de la calle, y bajé.

—Para qué me quiere usted? Es arrojó el hacerme señas desde su casa.

—Dispense usted, Elida; pero deseoso de que me conceda un favor, me he atrevido á tanto.

—Favor? yo? á usted?

—Sí

—Vamos. En qué puedo serle útil? Me gustaría hacer un beneficio. Mire, tengo vocación para hermana de la caridad, para monja.

—Se burla, Elida?

—No sé mofarme. Únicamente hago comprender á usted por qué me gusta servir. A ver, cuál es el favor que desca alcanzar y que tendré placer en hacer?

Esta ironía en aquellos labios provocativos, me sacaba de mis casillas. Era una burla cubierta por la amabilidad, é intentado estuve de decirle que nada quería; pero decidido, argumenté:

—Tengo que hablar con usted algo importante para mí y quizás de algún interés para usted.

—Puede usted pasar adelante, que tendré placer en oírle esas cosas importantísimas (y acentuó la frase). Entré usted.

—No, Elida; quiero hablarla á solas, en sitio en donde nadie nos escuche.

—Tendré cuidado de hacer que nadie entre en la sala. Pase usted.

—Pero Elida, no me comprende? Es á solas, fuera de casa, como por ejemplo: «Las Bóvedas».

—Usted es un atrevido, caballero. Jamás le he permitido tales confianzas, ni sé qué tiene usted que decirme en un lugar dado. Aquí puede usted hablar. Empieze.

Yo impertérrito:

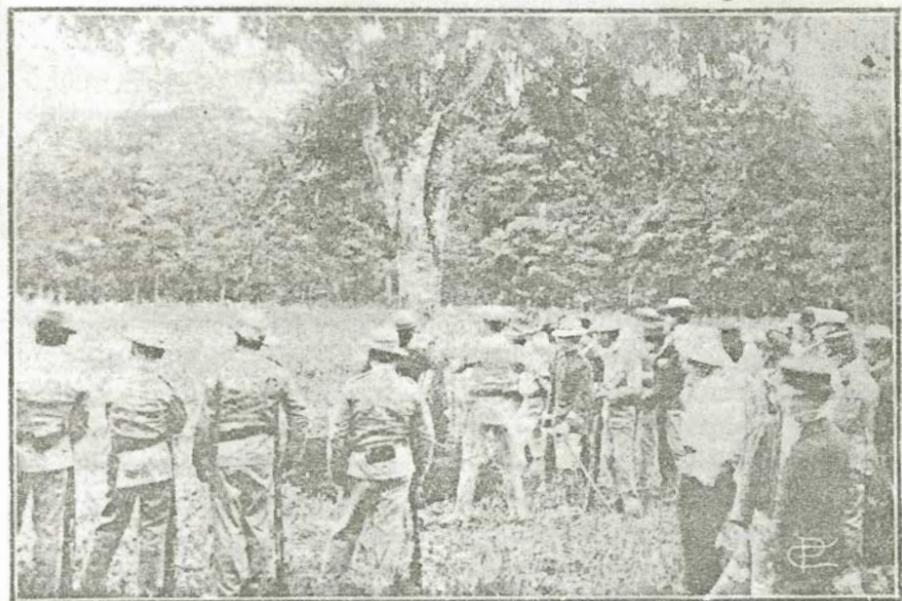
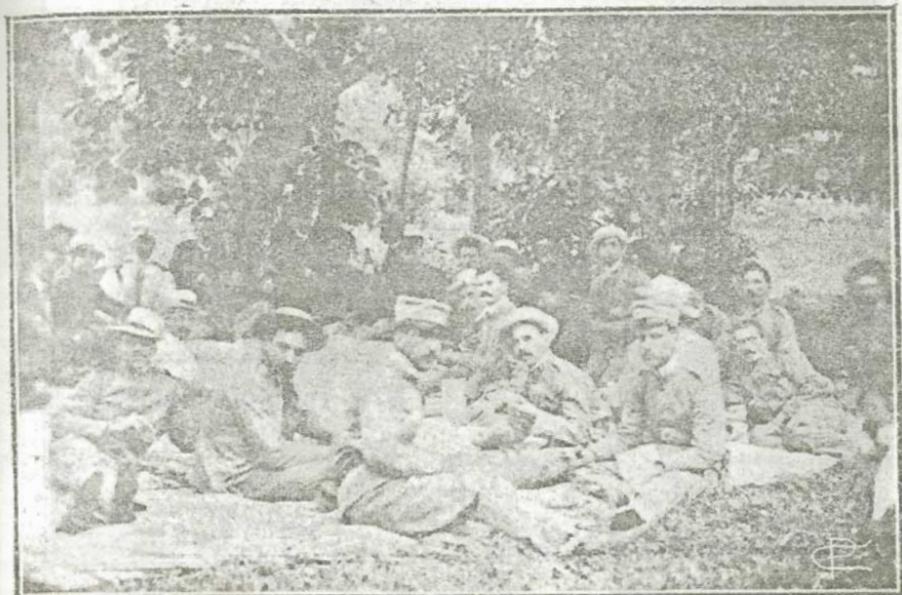
—Esta noche en «Las Bóvedas».

Y me despedí.

II

Un pedazo de plata que

Un pedazo de plata que vagaba por los cielos trazaba sobre las ondas rumorosas de la mar inmensa y quieta, señoril y obscura, un camino blanco-amarillento, angosto y largo: una ilusión



VISTAS DE LAS MANIOBRAS MILITARES EFECTUADAS RECIENTEMENTE EN CURRIDABAT



EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PRESENCIANDO LAS MANIOBRAS

Los cielos estaban fiestando, pues infinidad de farolillos de diferentes colores de luz — amatista, rojo, anaranjado, violáceo — los adornaban: se diría una fiesta patria en Tokio, vista desde lejos.

Esa noche, el apartado paseo de «Las Bóvedas» tenía un aspecto coquetón, invitador a desfloraciones de tentaciones y deseos. Como de costumbre — cuando no es verano y noche de luna — estaba solitario, y los agentes que hacen guardia en sus garitas del tiempo viejo, parecían haberse puesto de acuerdo con mi corazón para dejarme en completa libertad de decir á Elida todos mis secretos amorosos y todos mis deseos ardientes.

Estaba segurísimo de que ella acudiría á la cita. Su perversidad, su ambiente burlesco, ardiente de sensaciones, me hacían creer evidentemente que iría. (Digo yo que tal vez Elida es hermana de espíritu de la rubia aquella de que Rafael López de Haro nos cuenta en «Del Tajo en la ribera». Nada tendría de particular. Su temperamento lo indica).

Pues, allí estaba yo precisamente aguardándola, aguardándola, haciéndome ilusiones, zurciendo un poema de palabras sonoras, armoniosas, convincentes, todas amor — de que gustan mucho las mujeres-mariposas — que diría al pie de su oído con una voz queda y un acento dulce, vi-

brante; preparando el ataque, escogiendo el campo de acción y recreándome en mi victoria futura.

¡ Si viene, no se me escapa ! decía. Y para distraer el tiempo, que se me iba haciendo impertinente, cansado, me asomé á la mar y encendí un cigarrillo. Dicho sea de paso: en fumar nadie me gana.

La mar, en plena marea, golpeaba retumbante, incansable; la muralla; lamía con gracia de monstruo domesticado, sin enfado, los peñascos negros é informes que abundan por este sitio, como enamorándolos.

Yo miraba todos estos encantos de Naturaleza con inquietud, porque sólo pensaba con toda fijeza en mi linda vecinita.

Un rumor como de piesecitos leves pisando arena me hizo volver la cabeza. Era Elida, que hermosa, serena, radiante, con sonrisa quisquillosa, avanzaba resuelta, cimbreado artísticamente sus redondas y deseadas caderas, con aire de triunfo, camino hacia mí.

Por las sombras de poca luz — un poco de luna y un poco de eléctrica — se presumía que su falda, graciosamente recogida por una de sus manos blancas, era azul, de un azul finísimo, y que su chaqueta coquetonamente ceñida á sus carnes morbosas y tibias, era de seda crema baja. Las mangas cortas dejaba á todo aire suave y á toda vista ansiosa unos brazos redondos, macizos, pícaros, que dejaban adivinar unas piernas doblemente bien formadas y doblemente más incitantes. ¡ Ah ! pícaras serpientes macizas y redondas, si me llegerais á estrujar!

—Caballero !

—Elida !

Y nos dimos un fuerte apretón de manos que quise prolongar.

—Me hace daño, murmuró, retirando con ligereza las suyas de las mías.

—Muchas gracias, Elida por haber venido, le susurré fijando intensamente las mías en sus pupilas brillantes.

—Pues no, no debe darme las gracias. No habiéndole prometido la cita, no tenía usted por qué suponer que yo viniera, ni mucho menos creer que he venido con intenciones de *casualmente* entrevistarle. Como vivo cerca, á la subida, y como la noche está fresca y adecuada para contemplar el cielo, las estrellas, el paisaje triste de la luna; aparente para ver visiones sobre el mar y oír sus quejas, sus cuitas, sus amores, vine á soñar, sola, y á echar á volar por las sombras de la noche mis pensamientos.

—Bueno, pues doy las gracias á la feliz idea de usted que ha hecho, sin usted quererlo, que tenga la oportunidad de hablarla cosas que quizás

su corazón no ha oído de corazón más sincero, y que seguramente han de agradar el suyo. Vamos, siéntese usted aquí en esta banca, y charlaremos quimeras elocuentes que serán realidad.

—Elocuentísimo está usted, y sólo por oírlo, para *ver* sus frases, le complaceré. Ignoraba que supiera hacer tan artificiosas palabras.

Y haciendo un *mohin* encantador y picante, aceptó mi invitación, y yo, tratando de acercarme cuanto podía á aquella mujer que me envolvía en un vaho lujuriantemente embriagador y que me miraba de un modo pervertidísimo, comencé:

—Usted habrá comprendido, Elida, que de há tiempo vengo persiguiendo su cariño; que busco ansioso las ocasiones de poder mirarla, contemplarla, y de transmitir con todas las fuerzas de mis ojos en sus pupilas intensas de diva, la inmensidad de amor que llevo aquí dentro y que juro es para usted sola.

—Já, já, já De buenas á primeras, tan! la amo á usted! Y habla usted de amor? já, já, já

E hizo aquella risa de una manera estrepitosa que me estremeció.

—Cuántos años tiene usted?

—Yo? Veintidós. Y usted?

—Qué le importa?

—Es verdad, no necesito saber su edad para saber que es hermosa, encantadora; que vale un mundo; para amarla.

—Me hace gracia que un hombre á su edad jure que ama y que haga pantomimas risibles demostrando amor. Cuando se está como usted, el corazón es incapaz de sentir amor por mujer alguna. Pasión, deseo, vehemencia de posesión, lo que se olvida ó se desprecia después, es otra cosa, que sin duda es lo que usted siente por mí, y lo que no puedo admitir en ningún caso.

—Elida, vea usted: siempre amor es deseo, es pasión que asciende al supremo desahogo de la posesión: pero se ama, se desea, con el corazón. Y mi corazón está en sazón de quererla, amarla mucho, mucho, y más todavía. Porque así, á esta mi edad, y á la suya comenzando vida, es cuando se sabe apreciar la miel que gota á gota destila el amor, la Vida, en nuestras almas. A qué les sabrá la Vida á esos que van declinando? Qué fuerzas, qué júbilo, qué amor pueden sentir esos que no tienen aliento siquiera para volver la vista desde la cima del trayecto á la pendiente que han ascendido, ni para recrearse en los perfumes que se llevan de las flores que han encontrado á la vera del camino? Qué ideal, qué aliciente,

su corazón no ha oído de corazón más sincero, y que seguramente han de agrandar el suyo. Vamos, siéntese usted aquí en esta banca, y charlaremos quimeras elocuentes que serán realidad.

—Elocuentísimo está usted, y sólo por oírlo, para *ver* sus frases, le complaceré. Ignoraba que supiera hacer tan artificiosas palabras.

Y haciendo un mohín encantador y picante, aceptó mi invitación, y yo, tratando de acercarme cuanto podía á aquella mujer que me envolvía en un vaho lujuriantemente embriagador y que me miraba de un modo pervertidísimo, comencé:

—Usted habrá comprendido, Elida, que de há tiempo vengo persiguiendo su cariño; que busco ansioso las ocasiones de poder mirarla, contemplarla, y de trasmitir con todas las fuerzas de mis ojos en sus pupilas intensas de diva, la inmensidad de amor que llevo aquí dentro y que juro es para usted sola.

—Já, já, já De buenas á primeras, tan ! la amo á usted ! Y habla usted de amor ? já, já, já

E hizo aquella risa de una manera estrepitosa que me estremeció.

—Cuántos años tiene usted ?

—Yo ? Veintidós. Y usted ?

—Qué le importa ?

—Es verdad, no necesito saber su edad para saber que es hermosa, encantadora; que vale un mundo; para amarla.

—Me hace gracia que un hombre á su edad jure que ama y que haga pantomimas risibles demostrando amor. Cuando se está como usted, el corazón es incapaz de sentir amor por mujer alguna. Pasión, deseo, vehemencia de posesión, lo que se olvida ó se desprecia después, es otra cosa, que sin duda es lo que usted siente por mí, y lo que no puedo admitir en ningún caso.

—Elida, vea usted: siempre amor es deseo, es pasión que asciende al supremo desahogo de la posesión: pero se ama, se desea, con el corazón. Y mi corazón está en sazón de quererla, amarla mucho, mucho, y más todavía. Porque así, á esta mi edad, y á la suya comenzando vida, es cuando se sabe apreciar la miel que gota á gota destila el amor, la Vida, en nuestras almas. A qué les sabrá la Vida á esos que van declinando ? Qué fuerzas, qué júbilo, qué amor pueden sentir esos que no tienen aliento siquiera para volver la vista desde la cima del trayecto á la pendiente que han ascendido, ni para recrearse en los perfumes que se llevan de las flores que han encontrado á la vera del camino ? Qué ideal, qué aliciente,

puede encontrar una mujer bella, fogosa, fresquita, toda llena de ensueños y deseos, en las promesas de uno que fué? Debe admitir, Elida, que el que tiene el corazón en plena alborada, es quien sabe, puede y debe amar solamente. Los demás los demás deben contentarse con vernos felices y dejarnos hacer, porque á la verdad, no saben querer, se olvidan de cómo se ama; sí, Elida, se olvidan!

—Já, já, já Magníficas sus teorías. Decir que un sexagenario no tiene derecho á decir á una de á quince lo que usted me está diciendo?

—Sí. Pero dígame usted: y qué agrado hay en oír frases amorosas de una boca desdentada sujeta á un poco de arrugas?

—Mire: no discutamos. Creo que usted es incapaz de saber amar porque á su edad no se ama, y nadie me saca de ahí.

—Luego, usted no sabe amar? no puede amar? O es acaso que el inconveniente de la edad sólo se reduce á los hombres.

—Ah, amigo! las mujeres somos todo corazón desde temprano.

—Y todo agudeza y perversidad.

Ella se mordió los labios y giró la mirada lejos de mí.

Las cosas iban tomando mal camino. Pensaba yo que llevando la conversación por ese lado la perdería, pues cuando la mujer se encapricha, nadie ni nada hay que la haga cambiar de idea. Así, pues, cambié de táctica y haciéndome el inconsciente iba buscando la manera de tomarle una de sus manitas de nieve y traviesas para acariciarla. Ella comprendió mis intenciones, y,

—Estese quieto, me dijo. No me gustan esas cosas.

Yo, haciéndome el sordo, y rozando aquella piel tibia y tersa:

—Elida, ha visto usted en las mañanas hermosas, todas llenas de luz y sol y aromas y armonías, las aves como se buscan y se arrullan, muy dulcemente?

—Sí, y qué?

—No le llena de sensación exquisita el alma y de envidia ver esos dichosos sabiendo apreciar la vida?

—No y sí.

—No le comprendo, explíquese.

—No, porque sería una simplona envidiar á seres que sufren ó gozan sin comprenderlo.

—Cree usted que ellas ignoran si lo que llevan es pena ó paz?

—Claro que sí! Y sí me recrea la vista verlas saltar de rama á rama, persiguiéndose, rasgar con sus alitas matizadas los aires, calentar sus nidos.

Eso me gusta como un paisaje que la Naturaleza nos brinda, como me puede gustar ver correr un arroyo cristalino entre piedras cubiertas de musgo, haciendo cascaditas sonoras, y como me gustan las flores de mi jardín; pero sin que despierten en mí un sentimiento dormido como usted ha querido decirme con gran sutileza; — me finalizó en tono irónico.

—Se equivoca usted, Elida. No he querido ofenderla, ni decirle que tiene usted sentimientos dormidos. Conozco muy bien que tiene usted un alma muy viva y un corazón muy en sí para aborrecer ó amar.

—Para amar, sí; para aborrecer, nunca. No gusto de los que voluntariamente sienten odio por las personas que simplemente no nos son simpáticas, ó por algún otro motivo.

—Es decir, Elida, que usted ama?

—Sí y me miró sarcástica dejando vagar una sonrisa diabólica.

—Gracias, bella mía! grité rodeándole el talle con uno de mis brazos y tratando de apagar la sed de mi boca en las rosas de sus labios voluptuosos. Ella, rápida, triunfante, me rechazó digna, y mirándome con fiereza, gruñó:

—Sí, es cierto que amo; pero á otro. A usted no, no se lo imagine. Vine á pasear y me encontré con usted: eso es todo. Adiós.

No tuve aliento para retener aquella visión — en ese momento me parecía una hada divina, furiosa, esfumándose en las sombras — que se alejaba magestática, y con la cabeza hecha un volcán próximo á estallar, furioso por lo majadero que me comporté, pues no supe encaminar las cosas poco á poco, sacar partido; porque me dejé dominar por esa mujer, me fui á casa, y me tiré en mi lecho sin desnudarme.

III

Pensando en cosas formales

Pensando en cosas formales, de *hombre de bien*, de *hombre serio*, estoy enamorado en otra parte; de una que sinceramente ha de hacerme feliz y que santamente adoro: no me juzguen un donjuanesco.

Es una mujer con alma de santa: pura y bella, dos únicas cualidades para hacer á uno feliz en su casa y feliz en la sociedad, como diría un *íntegro* que no sabe de los placeres de la vida callejera y que sólo se reduce á la calma fastidiosa del hogar (calma, cuando no resulta un infierno).

Rosa es una virgencita de ojos soñadores, en la seductora flor de sus quince primaveras.

Como la amo tanto, que ni el cielo ni el océano de mi amor miden su inmensidad, he sido sincero con ella diciéndole la verdad de las ilusiones en el final de los siguientes versos, que han sido muy comentados en los corrillos literarios de menor cuantía y que por ello supongo de algún valer, y los cuales publiqué en «Nuevos Ritos», única revista literaria que hay por estos barrios de Dios ó del diablo.

Helos aquí:

(Una blanca muñequita que me encanta)

Muñequita
 tan bonita,
 que luciendo tus bellezas
 y luciendo las ternezas
 de tu almita de cristal,
 vas con risas
 y sonrisas
 armoniosas, infantiles y sutiles
 provocando en los pensiles
 los sonrojos de las rosas
 y hechizando las traviesas
 mariposas
 caprichosas,
 y los lises, y las flores
 que te brindan presurosas
 sus olores
 y colores,
 cual estrella que azul busca
 por la senda florecida
 de la vida.
 Tú, que riente recibiste con exceso
 suave beso
 de los astros de tus ojos;
 Tú, de quien abriga celos
 blanca Luna cuando asoma por los cielos
 sus albores
 y colora la laguna
 de tus ojos;
 Tú, que tienes
 en las sienes
 la blancura de los cirios
 y que llevas en el alma
 el perfume de los lirios.

Tú que curas mis dolores
 con miradas de tus ojos;
 Tú que abrojos vas quitando
 tiernamente
 de mi frente con lo níveo de tus besos
 y que flores vas dejando,
 cual ofrenda,
 por la senda
 del Destino que camino:
 Oh! mi buena, dulce Rosa,
 nunca olvides
 que ilusiones
 son ardidés de la Vida
 que destruyen corazones!

Continuará.

RADIUM

—Una vida que se pasa en viajes, procura muchos huéspedes, pero no un amigo.

—Todas las variaciones no son sino la agitación de un espíritu enfermo.

—La primera señal del sosiego interior es el saber fijarse y quedarse consigo mismo. Estar en todas partes es no estar en ninguna.

—Fiarse de todo el mundo y no fiarse de nadie, son dos excesos: hay más honradez en lo uno y más seguridad en lo otro.—*Séneca.*

—Añadiendo al almidón crudo ó hervido un poco de sal, se pone más blanco y evita que se adhieran las planchas.

Si éstas están ásperas, se echa un poco de sal en un papel de estraza, se pone encima un trozo de muselina y se frota las planchas hasta que se pongan brillantes y suaves.

—Para dar á la madera el aspecto de ébano, se disuelven dos onzas de goma laca y una onza de borax en un cuartillo de agua, hirviéndolo todo hasta la perfecta disolución. Entonces se añaden dos cucharaditas de glicerina y añilina negra, soluble en el agua, en cantidad suficiente.

—Los cepillos que se emplean para lavar la ropa, deben ponerse á secar con las cerdas hacia abajo, porque de este modo escurre el agua mejor y se secan más pronto. Dejándolos con la cerdas hacia arriba, el agua se introduce en la madera y no tarda en podrirlos.

—Las galletas deben guardarse en recipientes herméticamente cerrados y en sitio caliente y seco. Si pierden su fragilidad característica, basta ponerlas unos cuantos minutos en el horno con calor moderado para que la recobren.



SEÑOR RAMÓN ALARCÓN,
TENOR DRAMÁTICO DE LA COMPAÑÍA SAGI-BARBA

EN EL NACIONAL

Sagi-Barba, con su excelente Compañía de Opereta, hizo su estreno en el Teatro Nacional la noche del sábado 19 del corriente. La obra con que el afamado barítono hizo su presentación al público josefino, fué la *Princesa del Dollar*, pieza que, junto con *La Viuda Alegre*, es una de las favoritas de esta sociedad. El Teatro estuvo lleno y la representación fué impecable por parte de todos los artistas, siendo objeto de las ansias del auditorio, la voz — ¿qué calificativo darle? — divina, digamos, de Sagi Barba. ¡Qué manera de cantar, qué modulaciones, qué preciosidades! Y aparte su voz, su sola elegante y distinguida presencia ya tenía cautivadas las voluntades, que su tipo es resueltamente atrayente. El éxito, pues, del eminente cantante, la noche del sábado 19, fué tan general y espontáneo, como merecido.

Las otras partes de la Compañía hacen magnífico juego con Sagi-Barba, sobresaliendo notablemente las señoritas Vela y Díaz y el bajo — ¡qué artista! — señor Banquells. El tenor Alarcón muy correcto y muy del agrado del público.

Llevó la batuta esa noche, con seguridad y maestría, el Director señor Enrique Lloret, á quien le tocó comenzar á luchar con la orquesta, — toda de costarricenses, — y la que, dicho sea en honor de ella, trabajó con amor y entusiasmo.

* *

El domingo 20 fué representado *El Juramento*, vieja obra que no despertó mayores entusiasmos, apesar de la admirable ejecución y de que el Teatro ostentaba un lleno completo.

* *

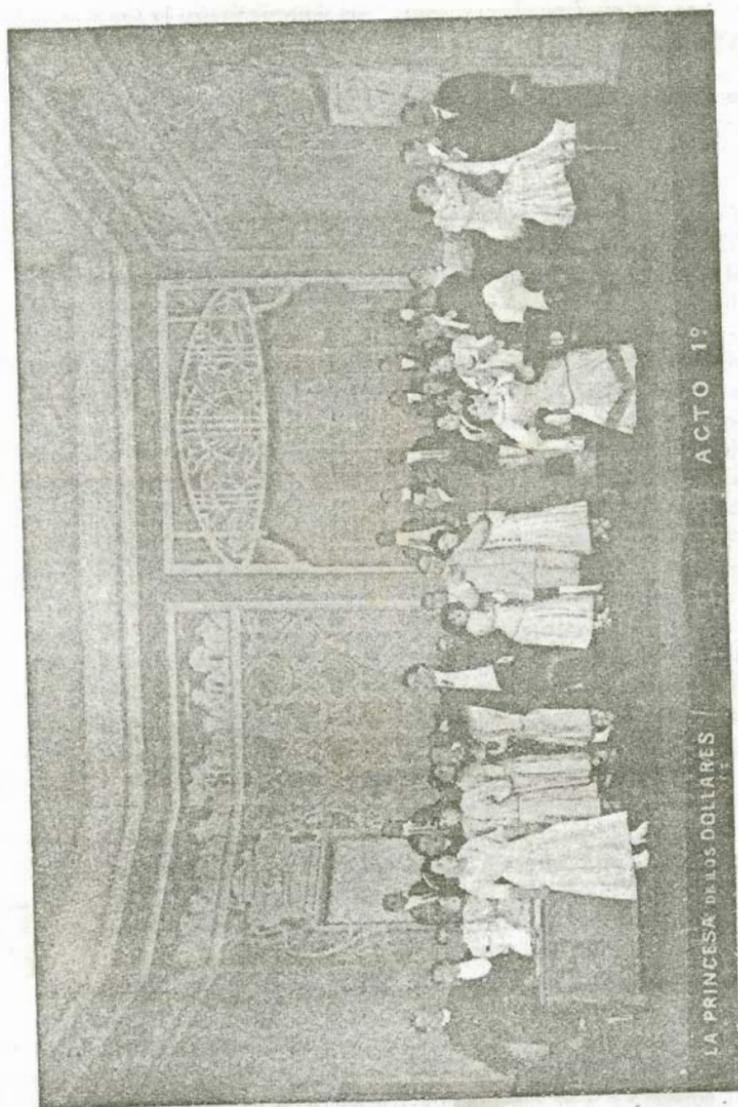
Pero el martes, oh, el martes con un teatro pleno y rebosante de juventud, de arte, de belleza, se presentó el gran Sagi-Barba en *El Conde de Luxemburgo*.

“Este género de operetas modernas — dice un cronista — es extraño á nuestra visualidad y al concepto formado por una larga experiencia de asistir á obras que encajan en un patrón aceptado por la costumbre ó por ciertas reglas de arte escénico y dramático. Así, este género de piezas desconcierta al principio, porque no estamos acostumbrados á ver rota de improviso la unidad de acción ó la unidad escénica.

La antigua zarzuela española y el moderno género chico ibero conservan, dentro de una aparente variedad, la unidad casi absoluta. O son graves y serias, ó son alegres y regocijadas, pero no hay en las antiguas zarzuelas ó en el género chico esta adorable promiscuidad que notamos en la opereta moderna, en que después de una escena de alta comedia, sigue una cómica ó bufa”.

Afortunadamente, el público, con admirable intuición artística, comprendió el género con las representaciones de la *Princesa del Dollar* y *La Viuda Alegre*, y gustó de él á todo su sabor con *El Conde de Luxemburgo*.

El ambiente de lujo y de verismo de estas operetas modernas requiere una “mise en scen” magnífica y suntuosa. No recordamos quién ha dicho que así como las actrices necesitan mostrarse elegantes, inteligentes y bellas, para convencernos de que realmente, y según la obra que interpretan, pueden labrar la perdición ó la redención de un hombre, y los actores ostentar aquellas cualidades de aplomo, distinción, orgullo y “vis cómica” que en



LA PRINCESA DE LOS DOLLARES

ACTO 1º

«LA PRINCESA DEL DOLLAR».—UNA ESCENA DEL ACTO PRIMERO

determinadas circunstancias han de presentarles, efectivamente, como distinguidos caballeros, de igual modo y por razones idénticas, á los comediantes les conviene que la escena tenga el mayor verismo posible, porque eso ha de ayudarles en la autosugestión, esencia del arte escénico. Importa, pues, que si la obra se desenvuelve en un medio aristocrático, la alfombra sea buena, los muebles elegantes y cómodos, los cortinajes de las puertas señoriales y vistosos, no ya porque en el teatro — como en la vida — todos los objetos, hasta las figurinas y “bibelots” más nimios, van ligados á estados particulares del alma, sino porque cada detalle contribuye á inspirar al actor el ademán justo ó la modulación de voz precisa con que tal ó cual frase debe ser pronunciada.

Evidentemente, la muchedumbre, el 90 o/o del público concurrente á un teatro, adora las representaciones ostentosas, los matices polícromos, los trajes ricos, los derroches de luz, el bélico estruendo del pasacalle que rima un desfile de figurantes ordenados en marcial pelotón; todo aquello, en suma, que objetiva las ideas y da al espíritu la complacencia, concreta, rotunda de la sensación. Es el medio de hacer tangible á los espectadores la psicología de la obra y la vida intensa de sus personajes, dice Burget, Director del Teatro Gimnasio de París.

Esto sea dicho á propósito del sobresaliente decorado del acto segundo, decorado suntuoso, artístico en todos sus detalles.

La música del “Conde” — se ha dicho — es sencilla, con la sencillez adorable que se requiere para describir amores frívolos, fáciles escenas mundanas, ligeras complicaciones de la vida. El valse llena casi toda la partitura de esta obra, y ya sabemos el prestigio que el valse ejerce en los espíritus y en las fiestas galantes. Asis-

tir á la representación de una opereta moderna es un suave placer, que tonifica y alegra.

El argumento del “Conde” es un argumento cualquiera, de esos que no exigen esmero ni arte, sino escenas en que deben presentarse en un momento dado los personajes que el compositor necesita para escribir un dúo de amor, un cuarteto brillante, un coro espléndido. Con todo, el libro del “Conde” es superior al de “La Princesa del Dollar” y al de “La Viuda Alegre”.

En cuanto al desempeño de la obra, no hacemos otra cosa que dirigir desde estas columnas sinceros aplausos y entusiastas felicitaciones al gran Sagi-Barba y á las señoritas Vela y Díaz, y un *bravo!* estruendoso á Banquells, por su Príncipe ruso, ridículo, frío y enamorado. Todos los demás artistas que tomaron parte en el *Conde*, estuvieron correctos en todo sentido, y para ellos también nuestro saludo.

La partitura estuvo á cargo del Director señor Aguadé, quien demostró á los primeros compases poseer dotes y conocimientos superiores. Tiene una particularidad: el saberse la instrumentación de las obras de memoria, con lo que el conjunto se distingue indudablemente, pues cada ejecutante puede estar seguro de las entradas y efectos con un maestro de tales aptitudes.

En resumen, que la Compañía es sin disputa de primera clase y que el gran Sagi-Barba es Sagi-Barba; no podemos decir nada más de él.



Como homenaje á la distinguida *troupe*, presentamos hoy á nuestros lectores los retratos de algunas de las partes principales; en el próximo número daremos los retratos de los demás artistas.—JAR.

ALGO DE ESPAÑA.

Inmediatamente á los sucesos de Octubre en Lisboa, creyeron muchos que se reflejarían de un modo trascendental en la política de España, augurando para muy pronto análogo desenlace. Otros, sin duda más conocedores de las relaciones y de las solidaridades entre los dos pueblos de la península, no esperaban sino lo que ha sucedido: alguna animación republicana, deseos expresados con más calor y manifestaciones pacíficas de los parciales, sin consecuencias de hecho.

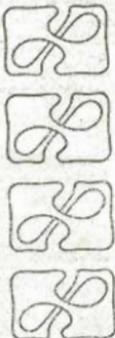
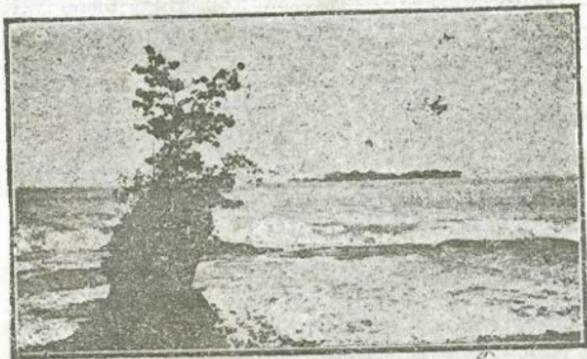
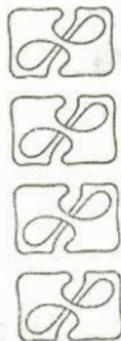
Portugal y España son vecinas y amigas corteses y frías: no hay una corriente establecida en el comercio ni en la política. Para cada español que va á Lisboa, cien ó doscientos visitan París. Alguna gira de periodistas, unos bonitos discursos con el champagne, y nada más. Del lado de Portugal, suspicacias y recelos sembrados en todo tiempo; del lado de España, empeños unitarios por períodos.

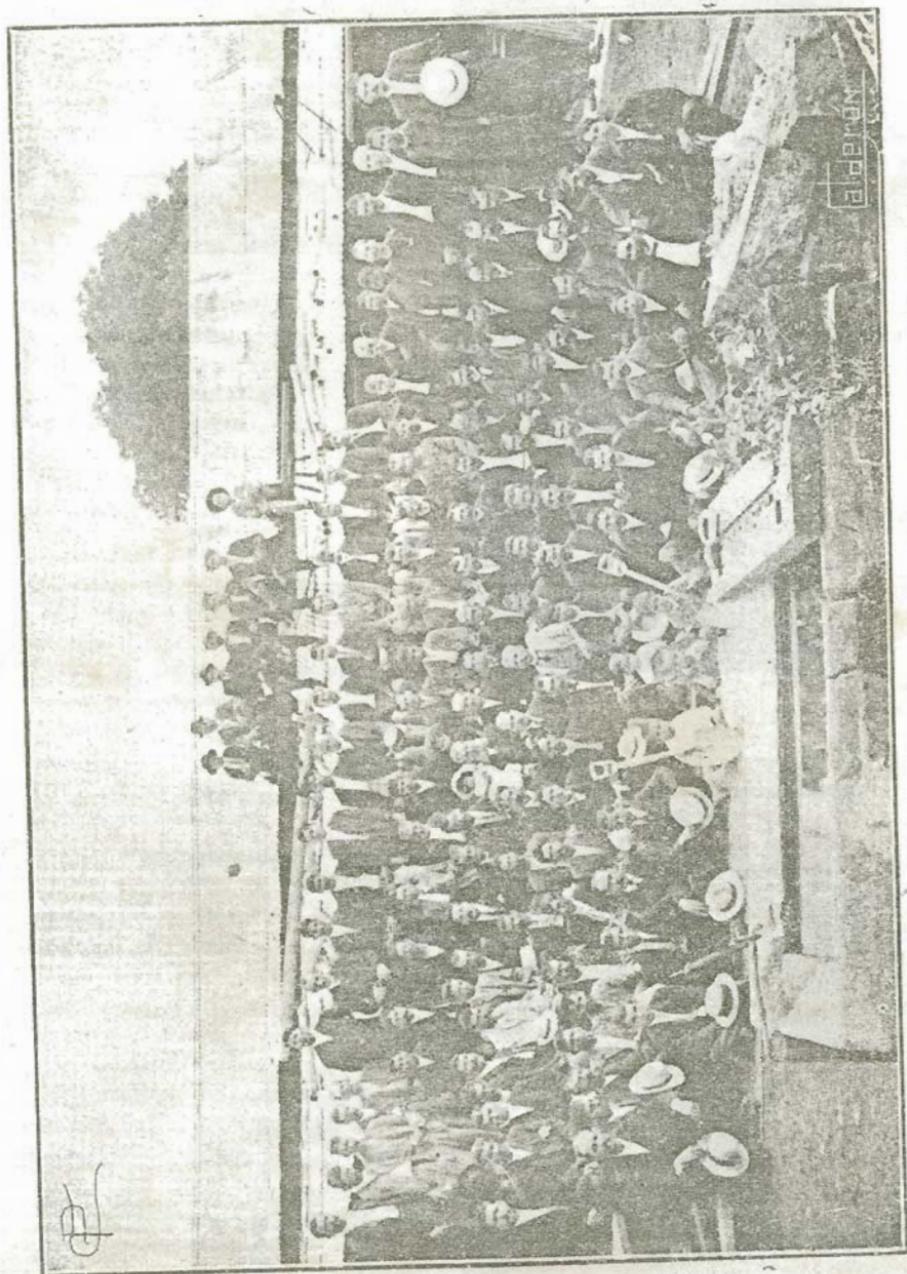
Cuando el General Prim inició negociaciones, para proponer la candidatura de don Fernando de Coburgo al trono de España, se opusieron casi unánimes los

portugueses, y don Fernando se negó á oír una invitación formal.

La República Española de 1873 no tuvo influencia alguna en los sucesos de Portugal. Castelar y algunos escritores cultivaban amistades en Lisboa; los partidos no establecieron ningún lazo para proyectos comunes.

El Gobierno de doña María de la Gloria fué muy superior al de doña Isabel II, pero en los últimos treinta años, apesar de muchos defectos, las situaciones en España no han caído en los vicios y desbarajustes de los gobiernos y de los partidos monárquicos portugueses. Las causas principales que engendraron el descontento y por fin la revolución de Lisboa, no son comunes á España, y no existen por consiguiente quejas de igual naturaleza. De aquí, resultados distintos: la política portuguesa estaba desmoralizada y corrompida desde el tronco á las últimas ramas: la de España sufre de males y enfermedades por conceptos menos graves. En Portugal se trataba ya de vivir; en España, de enderezarse y de progresar.





TRABAJADORES Y EMPLEADOS DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE OBRAS PÚBLICAS—SAN JOSÉ

ROMANCE DEL MAR AZUL.

A TODA VELA

Estos son los últimos versos publicados del poeta Fernández Shaw, que como se sabe, acaba de morir.

¡Ah, qué cielos, no empañados
por la más leve neblina!
¡Ah, qué mar, tan placentera,
tan hermosa, tan tranquila!
Gracias al Sol, rutilante,
luce todo, todo brilla.
Por los dominios, tan vastos,
de la atmósfera, tan limpia.
Sobre la mar, sosegada,
que, por capricho, se riza
con leves rizos de espuma,
que son tus leves sonrisas.

Cruza la mar, tan serena,
sin temor, ¡oh, mi barquillal!
La hiende, con fina prora,
tan pujante como fina,
y al aire da, sin recelo,
tus dos velas extendidas...
Páreceme ya que sopla
con más aliento la brisa.
Vuela, con tus grandes alas,
sobre la mar que se riza.

Vuela y vuela mar adentro;
sobre la mar infinita,
y hasta el punto donde apenas
las costas mire vecinas.
Ya muy lejos, por fortuna,
mis claros ojos divisan
los arrecifes ariscos
sobre las costas bravías.
Vuela más, que me enajena
ver cual sigues, ¡oh, barquillal,
tan alegre, tan segura,
sobre la mar que se riza.

Sus ondas son transparentes;
¡qué claras! ¡qué cristalinas!
Bajo sus lunas radiantes,



EL MAESTRO DON JOSÉ J. YARGAS CALVO
á quien saludamos cariñosamente, así como á su hija la señorita Amalia, á su regreso de los Estados Unidos.

Son como flechas menudas,
que van, y tornan, y giran
cabe las aguas celestes;
¡con inquietudes de chispas!

A veces, sobre las ondas,
rasgándolas á porfía,
mostrando sus firmes curvas,
recios delfines se empinan.
Saltan con saltos veloces;
con brincos airosos brincan...
Si con presteza se asoman,
se zambullen más aprisa.
Y alrededor de sus huellas

Bellas, blancas; de la nieve
 con la blancura purísima,
 pasan grandes gaviotas,
 batiendo sus alas nfevas...
 Ya vuelan á ras del agua;
 ya se remontan altivas;
 «por los dominios» tan puros,
 «de la atmósfera tan limpia»,
 Con que, tan lejos, parecen
 plumas de un ave, distintas,
 que el ave, al pasar, dejara,
 porque las rice la brisa.

Vuela sin descanso; vuela.
 Sigue, mi pobre barquilla
 —dando á los aires, gozosas
 tus dos alas extendidas;—
 pues á los gozos del vuelo
 todo, sin cesar, invita:
 la mar, con tales encantos:
 con luces jales, el día.

Lleguemos adonde apenas
 las costas se ven, que brillan.
 Quédense lejos, muy lejos,
 con sus rompientes bravías.
 La mar nos mezcla, tan dócil
 tan amable, tan propicia
 para los gratos ensueños
 del Amor y de la Dicha.

Las ondas, serenamente,
 se nos rinden; ¡cuán sumisas!
 La luz del sol nos alegra.
 Los aires nos acarician.
 Sigamos, pues, mar adentro.
 Con los soplos de la brisa.
 ¡Con el favor de las ondas!
 ¡Con el amparo del Día!

SEÑORES SUSCRITORES

Corresponde esta edición de PÁGINAS ILUSTRADAS á los números **297** y **298**, como puede verse por la doble cantidad de planas. Al proceder así, ha sido nuestro objeto dar lugar á que el próximo 2 de Septiembre puedan los nuevos Directores de la Revista iniciar sus labores y ésta salir en su nuevo formato.—Conste, pues.

"La Costarricense" - Fábrica de Sellos de Caucho

La única premiada
 ... en este país ...

Dirigir las órdenes á su propietario y fundador
TEÓFILO SIBAJA G. - Alajuela, Costa Rica